



MARIANO YELA Y LA PSICOLOGIA ESPAÑOLA

HELIO CARPINTERO

La psicología tiene en España una historia breve, aunque quepa sin duda hablar también de su largo pasado. Podría este llegar, alargándose, hasta el Renacimiento -Vives, Huarte, Pereira-, incluso a los geniales cordobeses medievales -Averroes, Maimónides-, o tal vez hasta Séneca o Quintiliano. Como ciencia, sin embargo, es entre nosotros, propiamente hablando, un saber del siglo XX, como lo son también la sociología, o la economía, ciencias del mundo actual.

La historia de la psicología, en España, nos presenta un desarrollo con intermitencias, cesuras, tras las cuales hay en gran medida que volver a recuperar el trecho perdido. Las hubo en el Renacimiento, pero sobre todo la hubo, y muy grave, tras la guerra civil en este siglo. Hace años ya lo advirtió Yela: hay una nota de 'intermitencia' en esta tradición, al lado de la relevancia de algunos de sus momentos.

La guerra civil cortó el normal avance de una cultura en pleno vigor creativo, como lo era la que había en nuestro país en el primer tercio de este siglo. Unamuno, Ortega, Machado, Picasso, Cajal, Marañón, Torroja, Torres Quevedo, Cabrera, Terradas, valen como muestra de lo que venía siendo esa nueva Epoca de plata del pensamiento español, que la discordia cercenó. Entre lo que ésta se llevó, se cuenta una incipiente tradición de psicología, que había ya alcanzado renombre y respeto internacionales, singularmente por la calidad de su psicotecnia, que ejemplifican los nombres de Emilio Mira López y José Germain. Es cierto que en algún sentido se prolongó esta corriente en el continente americano. Pero allí no hubo cohesión, sino desbandada general, dispersión de esfuerzos, y necesidad de acomodo a las exigencias de cada país para con los recién exilados.

En España, todos lo sabemos, hubo que volver a empezar. En esta empresa de náufragos, en que apenas se contaba con fragmentos y ruinas para la labor de reconstrucción, hubo de comenzar a curtirse Mariano Yela. Puso todo su empeño en salir a flote. El resultado de ese esfuerzo, y el de un pequeño puñado de compañeros que con él se aprestó a la tarea, es el presente floreciente de la psicología española de hoy.

La situación de partida era ruinosa. Había condiciones económicas precarias, gravísimas restricciones intelectuales, incluso era preciso contar con un intento de restaurar a Santo Tomás de Aquino como psicólogo, por encima de Wundt, de Freud o William James. El intento que encabezara en el mundo académico oficial la figura del P. M. Barbado no tuvo futuro; hizo, sin embargo, todo todavía un poco más difícil.

Entre las ruinas se pudo hallar un punto de solidez sobre el que volver a edificar. Se llamó José Germain, médico, psiquiatra, psicólogo, discípulo y amigo de los maestros emigrados (Ortega, Lafora, Marañón, Mira), amigo también de los psicólogos europeos más eminentes (Janet, Ponzo, Gemelli, Bartlett, Köhler). Estaba solo. Necesitaba, para echar andar, personas entusiasmadas en la tarea de recobrar la psicología. Encontró a Yela - que estaba ampliando estudios en Chicago. O mejor, se encontraron. Germain tenía algunos hilos de la antigua red en la mano; Yela venía con las técnicas del análisis cuantitativo, sobre todo del análisis factorial, aportando así un fundamental caudal de rigor a la empresa. Se sumaron también otros nombres: José Luis Pinillos, Miguel Siguán, Francisco Secadas, Jesusa Pertejo, el P. Manuel Ubeda, luego José Forteza, Juan García Yagüe, algunos más. Así se constituyó el grupo seminal de la psicología de hoy, unido más por sumación de entusiasmos que por disciplina de escuela. Cada cual llevaba su particular formación, y su estilo de trabajo.

* * *

El primer eslabón, en todos los sentidos decisivo, de esa cadena había de ser Mariano Yela. Yela había estudiado filosofía en la Universidad de Madrid. Su vocación le llevaba, según él mismo reconoció alguna vez, hacia el estudio del hombre.

"Mi habitual tarea -podría añadir mi vocación- es el estudio del hombre" (Yela, 1956, 15).

Era un espíritu ávido de saber, inquieto, nada dogmático, poco dado a dejarse encerrar en sistemas escolásticos como los que habían tornado a florecer en nuestro país tras la guerra civil entre los filósofos académicos. Por eso, a las palabras anteriores añadía estas:

"Para ello quisiera utilizar o, al menos, comprender todos los métodos posibles" (Yela, 1956, 15).

Hay aquí una esencial voluntad de no renunciar a ningún método, que iba a caracterizar su actitud intelectual. Se ve ahí cómo, bajo el psicólogo científico que fué, alentó siempre un espíritu filosófico insaciable. Tenía lo que Ortega llamó "altruismo intelectual", la capacidad de dejarse penetrar y de interesarse por lo real en todas sus formas.

Para aproximarse al estudio de su tema había comenzado por imponerse a sí mismo un trabajo serio y formativo en el campo de la psicología, particularmente en eso que se ha dado en llamar la "psicología dura" - psicofisiología y psicología matemática, principalmente. Trabajó con psicofisiólogos como Neff, con clínicos como Rogers, con psicofísicos y psicólogos matemáticos como el P. Thomas V. Moore y, sobre todo, Louis L. Thurstone.

Ello fué posible gracias a una beca que le permitió pasar dos años en Estados Unidos, primero en Washington, luego en Chicago, llenando sus odres espirituales de ciencia, como antes de la guerra habían viajado a Alemania los pensionados españoles de la Junta para Ampliación de Estudios. Mariano Yela, con el fisiólogo Santiago Grisolia, el sociólogo Juan Linz y algunos pocos más licenciados distinguidos, fueron testigos del gran cambio social, dentro de la ciencia, que llevó a Estados Unidos a ser tenido por el primero de los países investigadores, sustituyendo a Alemania, líder en las décadas anteriores y ahora destruida tras el nazismo y la guerra.

Todavía en Estados Unidos, Yela recibió en 1947 una carta de Germain animándole a trabajar y a entrar en contacto con él a su vuelta, para ocuparse de psicología en nuestro país. Al año siguiente se encontraron en Madrid, iniciándose entre ellos una colaboración fructífera. Muchas veces contó aquella visita en que Germain, tras invitarle a sentarse al otro lado de su mesa, le hizo ver la dura realidad: allí estaban reunidos todos los que se interesaban por la psicología en España entonces. Exageración, sin duda, pero que describe con notable claridad la situación de que ha arrancado nuestra tradición psicológica reciente, y los inmensos cambios habidos en medio siglo.

Institucionalmente, Yela estuvo al lado de Germain en los pasos que se fueron dando hacia la reconstrucción de una psicología científica que la guerra civil y el exilio habían devastado. En 1948 tuvo lugar la creación del Departamento de Psicología Experimental en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Un poco más tarde, en 1952, fundan la Sociedad Española de Psicología, y al año siguiente, la Escuela de Psicología de la Universidad de Madrid. Años más tarde, al dejar Germain la presidencia de la SEP, la ocupó Yela, que venía trabajando en ella desde su fundación.

Intelectualmente, sin embargo, Yela no viene de Germain. Ni por su formación intelectual, ni por sus últimos intereses, es reductible su obra a la de su maestro. Este no hizo escuela teórica entre nosotros, aunque sí hizo posible el desarrollo personal y auténtico de sus colaboradores. Planteó, en cambio, la urgencia de una acción que incidiera en los problemas sociales, y la relevancia que era preciso dar a la psicología aplicada en un país como el nuestro, alejado secularmente de la ciencia moderna, y que tras el esfuerzo del primer tercio de este siglo por ponerse a nivel, había visto frustrarse con la guerra civil su proyecto de modernización.

¿Cuál fué el desarrollo intelectual de Yela?

A mi ver, lo primero que hay que decir es que el suyo ha sido un sobresaliente esfuerzo en la psicología, inspirado en una raíz filosófica de base. La línea de su trayectoria tal vez la pudiéramos representar así como una singular cooperación o transacción entre una vocación filosófica y un espíritu científico riguroso.

Para empezar, Yela ha encontrado una psicología que estudia al hombre a través de ciertas conductas estandarizadas y controladas - los *tests* o pruebas. Ya en sus tiempos de escolar se preocupó por enterarse acerca de las pruebas de inteligencia, cuando supo que se las iban a aplicar en la escuela. A través de esta anécdota, que por cierto refleja muy bien el sentido práctico de su grande y variada inteligencia, le vemos descubriendo la psicología bajo los ropajes de la ciencia de los tests, versión ampliamente difundida y generalizada en el primer tercio de nuestro siglo.

En Estados Unidos iba luego a advertir que esos tests dan resultados que se analizan matemáticamente, gracias a lo cual se logran unos *factores* que, de algún modo, aparecen como la nueva versión de las antiguas 'facultades' de que hablaban los filósofos, explicativos de la conducta. Esto es lo que comienza viendo en el análisis factorial: la vía que conduce, con el rigor de la ciencia empírica, a determinar unos "conceptos psicomatemáticos" (Yela, 1956, 227), y lo hace de un modo que "sugiere...la existencia de facultades en el sentido de unidades funcionales" (Id., 220).

Nótese que esto representaba una nueva y a la vez sólida vía para aproximarse al conocimiento de la estructura de la subjetividad humana, vía que además coincidía plenamente con su doble vocación de filósofo y científico. Conocedor de una escolástica que centraba su reflexión en el estudio de las facultades psíquicas, halló aquí un método riguroso, cuantitativo, científico, que conducía a la buscada sabiduría acerca del hombre.

Para dar sentido a esos factores, y, lo que es más importante de todo, sentido psicológico, habría a su juicio que combinar la matemática con el carácter o cualidades propias de las pruebas aplicadas. Hace falta, pues, tanto "una descripción fenomenológica de un campo de la experiencia" como la matemática de la correlación, "la predicción de covarianzas y la comprobación experimental de las mismas" (Yela, 1960, 901). La sola matemática no dice sino qué conductas o dimensiones covarían; se hace preciso entender en profundidad qué requisitos, elementos, tareas integran aquellas. Pero estos no deben ser examinados con la mera ayuda del sentido común, sino con el empleo conscientemente controlado de la técnica del análisis de sentido y de descripción de vivencias, esto es, con la ayuda de la fenomenología.

En la conducta intervienen estructuras físicas, orgánicas, que dan a aquella una realidad física, que la producen, en una palabra; al mismo tiempo entran en juego vivencias del sujeto,

cuyo sentido vivido, inmediato, ha de ser aprehendido mediante una aproximación fenomenológica. El estudio de aquellas estructuras es cuestión de ciencia experimental; el de las vivencias, de descripción y fenomenología. Recordemos, de paso, que tras su formación en Estados Unidos, que como vimos había incluido una aproximación a la psicopatología fenomenológica de Carl Rogers, de todo punto incomprensible para su otro maestro, el psicólogo matemático Thurstone, Yela recaló en Lovaina, colaborando con el barón Albert Michotte, entonces ocupado con los problemas de la percepción de la causalidad desde una perspectiva fenomenológico-gestáltica. Como se ve, lejos de todo exclusivismo metodológico, el psicólogo madrileño se esforzaba por integrar vías de acceso a lo real que le permitieran un análisis en profundidad de las diversas manifestaciones de lo humano. Sencillamente, ese esfuerzo por compatibilizar a Thurstone con Rogers, que llevó a cabo aquel joven estudiante español de paso por Chicago, es, visto desde el campo de los psicólogos, minado de desconfianzas y de ortodoxias y heterodoxias de escuelas, un hecho insólito que a la vez revelaba la última y radical valentía de su protagonista, la valentía que lleva a pensar los problemas con libertad, sin servidumbres de escuela.

* * *

¿Cuál es la dialéctica de fondo de todo este proceso?

A mi ver, el punto de partida es el estudio de la conducta a través de pruebas. Prueba, en un sentido vulgar, es test, situación de examen en que se ejercita un sujeto.

Nótese, sin embargo, que en ese término se puede encerrar una superior riqueza semántica. Hay unas sugestivas reflexiones de Yela a ese propósito, en que muestra la profunda condición vital de toda 'prueba', dado que cualquier acto vital es en el fondo precisamente prueba para el sujeto. Hay toda una serie de aspectos que, según dice,

"aparecen al considerar la conducta como prueba: intento de buscarnos y encontramos con el mundo y con nosotros mismos; ensayo por el que nos hacemos cuestión de la realidad propia y ajena y la interpretamos, modelamos y personalizamos; comprobación de lo que vamos siendo y hemos llegado a ser; atrevimiento para proseguir la tarea de ser hombre; padecimiento de no conseguirlo con entera plenitud; vía para probar la realidad y gustar su sabor,... e ir elaborando con él nuestra menguada sabiduría" (Yela, 1987, 31; vid. Yela, 1970)

La conducta, la vida, es prueba, y como tal tiene una pluralidad de sentidos. Depende, naturalmente, de la ocasión, y de cómo ésta sea vivida. Y eso es lo que exige, precisamente, una aproximación descriptiva, fenomenológica, que Yela, psicólogo declaradamente experimentalista, no deja sin embargo nunca de postular.

Esa fenomenología la ha hallado en Husserl, naturalmente, y en Ortega, en Merleau-Ponty y en Marías, por citar algunos de los nombres más próximos a su sentir, y que reaparecen frecuentemente en sus escritos.

Y junto al sentido fenomenológico, está el orden de la experiencia, la coherencia de las conductas y, ya más técnicamente formulado, la covariación matematizable de respuestas. Por eso ha hecho análisis factorial. Un texto suyo aporta bastante luz para comprender esa voluntad de síntesis, de integración metódica que ha inspirado casi toda su obra. "Un ejemplo claro -escribe (Yela, 1960, 901)- a mi parecer, de esta conjunción de la fenomenología y los modelos matemáticos es, o puede ser, el análisis factorial".

Ya hemos visto por qué: porque integra procedimientos matemáticos para estructurar aspectos del comportamiento, y los ilumina luego con la reflexión sobre el sentido de las acciones y operaciones sobre las que se han operado las mediciones.

Yela es un espíritu integrador. No sólo en cuestiones metodológicas, desde luego; esta es una dimensión parcial, aunque importante, de su esfuerzo por construir una visión compleja,

coherente, abarcante de la psicología en lo que se refiere a su contenido. Como ello, además, ha ocurrido en un tiempo de crisis de esta ciencia, en que a juicio de algunos se estaría dando un cambio de paradigma ante nuestros ojos, conviene ver con algún detalle la reflexión de nuestro autor.

El objeto de estudio del psicólogo lo constituyen los actos que forman la conducta o comportamiento de los sujetos. Pero la conducta no es mero movimiento corporal; por el contrario, toda acción tiene un sentido para quien la ejecuta, tiene, como repetiera Ortega, un *por qué* y un *para qué*. Yela gusta de repetir que se trata de una peculiarísima conjunción de acción y sentido:

"La conducta es acción significativa físicamente real" (Yela, 1987, 28).

Se trata, por tanto, de una acción físicamente real, que tiene lugar gracias a la puesta en marcha de determinados sistemas y elementos corporales, en interacción con el entorno; es una acción que implica energía, puesto que la requiere y la consume. Pero, además, tiene sentido, y el sujeto puede describirlo, justificarlo, fundamentando su ejecución. Repetidamente ha recordado, en este contexto, unos textos inequívocos de Aristóteles, tomados de su libro *Sobre el alma*, donde éste se refiere al modo de estudiar las pasiones.

"... Está claro que las afecciones son formas inherentes a la materia (*délon hóti tà páthe lógoi ényloi eisin*). De manera que las definiciones han de ser de este tipo: el encolerizarse es un movimiento de tal cuerpo o de tal parte o potencia producido por tal causa con tal fin... Por otra parte, el físico y el dialéctico definirían de diferente manera cada una de estas afecciones, por ejemplo, qué es la ira: el uno hablaría del deseo de venganza o de algo por el estilo, mientras el otro hablaría de la ebullición de la sangre o del elemento caliente alrededor del corazón" (*De An.*, 403 a 25 ss).

Se trata, en una palabra, de conjugar, como hace Aristóteles, tanto el movimiento del cuerpo como el fin o móvil que con este se persigue - el deseo de venganza, por ejemplo, en nuestro caso. La conducta, por tanto, debería ser vista así, como "lógoi ényloi", o "rationes insitae materiae", que decía Santo Tomás: eso es lo que quiere decir la fórmula de "acción significativa" repetida una y otra vez por Yela.

¿Aristotelismo? ¿Escolástica? ¿Tomismo? Me parece que, sin negar la influencia del pensamiento clásico sobre nuestro autor, hay que venir a más recientes influjos y sugerencias. En especial, a aquellos que le han venido de la filosofía de Xavier Zubiri.

Zubiri piensa que lo real tiene una estructura física determinada, un 'de suyo', que hace que cada realidad sea de una cierta manera, posea una 'talidad' con la que se implanta o instala en la realidad. Pero además, en el caso de la realidad vivida y humanizada, ésta tiene "sentido". El sentido, dirá, "es precisa y formalmente el carácter constructo de las cosas como momento de la vida humana" (Zubiri, 1962,). El cuchillo, o el libro, existen gracias a una serie de notas físicamente reales, que les dan consistencia, pero al mismo tiempo cumplen un papel o rol en la vida, y en ello consiste su particular sentido en cada uno de esos casos.

La conducta, según esto, vendría a ser por una de sus caras una "cosa-realidad", acción analizable, experimentable, observable, en algunos casos medible; por la otra, sería "cosa-sentido", fenomenológicamente describable e interpretable.

Como se ve, estaríamos en un punto de convergencia entre la tradición clásica y la doctrina zubiriana, de que sería fruto personal, inteligente, la reflexión de Yela. No es, a mi juicio, un azar que tal vez su primera formulación de esa idea de la conducta como acción física y significativa, a la que ha vuelto una y otra vez, se halle en su trabajo sobre "La forma en el hombre", una reflexión antropológica al hilo de enseñanzas de Zubiri, sin duda adquiridas en los primeros cursos que, por aquellos años (1959), recomenzó el gran filósofo vasco, tras un tiempo de silencio.

La psicología de Yela, en suma, se había así de nutrir de fundamentación filosófica, en gran medida tomada de la tradición española reciente. Y siguió haciéndolo hasta el final. Aprovechó, entre otras cosas, las sutiles reflexiones de J. Marías acerca de la estructura humana concebida según una articulación entre "qué" y "quién" (Marías, 1970), y mientras ponía a cuenta de ese "qué" la dimensión corpórea, con sus mecanismos cerebrales y sus sistemas de subjetivación, cargaba en el haber del "quién" la realidad cogitante, proyectante, que inventa su vida y responde de su creación personal (Yela, 1994).

La preocupación filosófica, antropológica, que inspira toda la vida de Yela, y que le impidió embarcarse en la filosofía escolástica de su universidad de juventud, también le impidió quedarse en la mera psicología factorialista, como luego le sucedería con el conductismo reduccionista, y como al final le ha venido a suceder con el cognitivismo actual.

Desde sus primeros escritos, se le ha impuesto la evidencia de la unidad del sujeto humano, y con ello la exigencia de resolver el dualismo centenario entre lo que vino a llamarse el "hombre físico" y "el hombre moral", según la conocida fórmula de Cabanis. Por eso escribía en uno de sus escritos más recientes: "No mente y cuerpo, no mente computacional y organismo, paralelos o mágicamente interactuantes. Más bien, ser vivo actuando significativamente en el mundo" (Yela, 1993).

Ser vivo quería decir, para él, ser biológico, evolutivamente configurado, a través de la cosmogénesis, la filogénesis y la ontogénesis. Una parte esencial de su obra está dedicada, como todos sabemos, a los problemas de la herencia psicológica, y a la visión comparativa de lo animal frente a lo humano. Pero se trata de un ser vivo dotado de intencionalidad, de conciencia, de un "quién" que es a un tiempo real e irreal, que no es cosa, como dice Marías (1970), y "que se vive a sí mismo como no identificable con una cosa" (Yela, 1994).

Para esta concepción de lo humano, ni la psicología ni la filosofía tienen hoy respuestas dadas, acabadas. Hay, sí, pistas que parecen fecundas, conceptos e hipótesis que explorar. Yela confiaba en un futuro donde sus preguntas se vayan aclarando. Un futuro donde cooperen más estrecha y activamente cuantos sienten que lo humano no les es ajeno; por ejemplo, los psicólogos y los filósofos. Uno de los últimos consejos suyos ha sido este: "No vendría mal... que los psicólogos españoles tuvieran en cuenta, además de a Wittgenstein, Turing, Ryle, Simon, Searle, Pylyshyn o Rumelhart, a pensadores como Ortega o Zubiri, que ofrecen no poca ayuda para esclarecer nuestros problemas" (Yela, 1993). Añadiré, por mi parte, que espero que los psicólogos -y filósofos- españoles no dejen de tener en cuenta a Yela, cuanto ha hecho y cuanto significa.

Referencias

- Marías, J. (1970). *Antropología metafísica*. Madrid, Revista de Occidente
- Yela, M. (1956). *Psicología de las aptitudes*. Madrid, Gredos
- Yela, M. (1960). El método fenomenológico y los modelos matemáticos en psicología positiva, *RPGA*, 56: 899-901
- Yela, M. (1963). Conciencia, cuerpo y conducta, *Rev. Univ. Madrid*, 41: 7-29
- Yela, M. (1987). Reflexiones de un psicólogo sobre el sentido de la conducta, *Doctorado Honoris Causa*, Univ. Pontificia de Salamanca, Salamanca, pp. 21-31
- Yela, M. (1993). ¿Objetos con mente?, *Anuario de psicología*, 56, 85-89
- Yela, M. (1994). Yo y mi cuerpo, *Arbor*, 580, 31-49
- Zubiri, X. (1962). *Sobre la esencia*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones